

El asilo de la desolación

Carmen Laforet

Siete novelas cortas

Menoscuarto, 2010

468 páginas

CRISTINA CONSUEGRA

La editorial menoscuarto ha publicado *Siete novelas cortas* (menoscuarto, 2010), de la autora Carmen Laforet, un conjunto de piezas breves que fueron escritas entre 1952 y 1954, con prólogo de Álvaro Pombo, en el que fácilmente se reconoce el impulso literario de esta escritora contundente que la llevó a romper la lógica narrativa argumental de la época; siete novelas donde se distinguen los diversos símbolos literarios que componen su corpus, el mismo que la encumbró para después relegar su talento a un segundo plano, para abandonarla al peor de los castigos derivados de la literatura: la desolación.

Laforet emprende su trayectoria literaria con tan sólo 23 años logrando la primera edición del premio Nadal con *Nada* (1944), considerada una de las mejores novelas modernas españolas, de profunda mirada existencialista, que refleja como pocas la sociedad de posguerra y cuestiona con objetividad el régimen franquista y sus modelos imperantes, a través de los personajes protagónicos con una prosa directa y precisa. Tras *Nada* llegaron *La isla y los demonios* (1952), *La mujer nueva* (1955) y la trilogía inconclusa compuesta por *La insolación* (1962) y *Al volver la esquina* (2004), obra que debió ser publicada cuarenta años atrás. A esta enumeración, hay que sumar los cuentos y artículos de viaje, y las novelas que ahora la editorial menoscuarto ha reunido con gran acierto.

A pesar de la diversidad de la obra de Laforet, ésta presenta una serie de rasgos comunes cuyo tratamiento permite construir un paisaje narrativo coherente y uniforme que está íntimamente relacionado con la vida de la autora, principalmente, aquellos elementos que promovió desde la experiencia familiar y en torno a sus creencias religiosas; rasgos o elementos literarios como la presencia de la tradición en la sociedad de posguerra, la pulsión autobiográfica, el terrible peso de la desolación, la búsqueda de la identidad, la representación del poder y la presencia de la angustia.

Tal como apunta Álvaro Pombo en el prólogo de *Siete novelas cortas*, «estas siete novelas son relatos de la vida dañada», historias que se sustentan en un sentimiento de desgarro, tal vez el principal motor del pensamiento narrativo de su autora, que se perfila con maestría en la vida de Andrea, la joven protagonista de *Nada* que lucha contra la opresión y penuria en la Barcelona de posguerra, para alcanzar cotas sorpren-

des en los distintos nombres (masculinos y femeninos, no hay que olvidar que uno de los grandes logros de Laforet es innovar en la construcción de personajes varones) de los protagonistas que componen *Siete novelas cortas*, obra en la que Carmen Laforet hace un recorrido por todos los fantasmas literarios, reales o ficticios, que la acosaron durante su existencia, fantasmas (... o circunstancias) que prácticamente la obligaron a dejar de escribir.

De *Nada* a *Siete novelas cortas*

Laforet desconfía del mundo que la rodea y su condición de escritora le permite lanzarse a vivir otras vidas a través de sus obras. Su propia existencia se deshace como una madeja conforme el tiempo pasa sobre ella, una vida que se empeña en hacer crecer en torno a sus obsesiones personales y literarias hasta el punto que estos adjetivos se confunden y perfilan como uno sólo, surgiendo de esa extraña sinergia la pulsión autobiográfica que maquilla la esencia de sus historias y exige a la autora dar una serie de explicaciones a un entorno remoto y próximo que durante toda su trayectoria literaria siente demasiado pesado, y que deriva en un pánico a la opinión pública que la sumerge en un profundo hermetismo. Una escritora que decide abandonar tierra firme para adentrarse en el territorio de las sombras inherentes a la escritura, para transitar por lugares ásperos y amargos que la conduce a ser la narradora de la desolación.

La pulsión autobiográfica es reconocible en las protagonistas de *Siete novelas cortas*, como Rosa (*El piano*), una joven entusiasta y con gran talento que camina entre dos horizontes que exigen de ella distintos comportamientos: la Rosa que sueña con la libertad

que nace de la intención individual y la que sueña con la seguridad que nace de la familia. *El piano* también destaca por el uso que hace su autora del tiempo narrativo el cual se deshace y vuelve elástico en función de la intensidad del momento narrado, provocando que instantes en las vidas de sus protagonistas se vuelvan eternos y el tiempo vivido apenas un instante. La tendencia autobiográfica también queda latente en Elisa (*El viaje divertido*), una esposa y madre de dos hijos que descubre la juventud y talento perdido en el camino, el tiempo compartido como incomprendido, así como la capacidad para elegir lo que se puede ser.

Otros aspectos literarios reconocibles son la representación del poder y la búsqueda de la identidad, especialmente en la novela *La Llamada*, elementos que Laforet traza a través de Mercedes, una mujer maltratada que, en plena madurez, decide abandonar a su familia para cumplir su sueño de ser artista, una reflexión, en clave tragicómica, que a través del contraste generacional logra edificar una historia en torno al binomio libertad-realidad. En *El viaje divertido*, Javier aparece como prototipo de desalmado que aprovecha la irrupción de la guerra civil en la sociedad española para hacer negocio y enriquecerse, mientras que, en esta misma novela, Luis se presenta como la figura masculina que nace entre dos tiempos y se ve obligado a cumplir un modelo anacrónico, un modelo en el que el hombre no termina de reconocerse, identificarse. En *El noviazgo*, una de las historias más crudas, tal vez la de corte más feminista, Alicia pugna por la libertad adquirida y no la impuesta; una novela en la que la angustia se presenta como función motora de la narración, arrojando la brillante luz del existencialismo sobre ella.

En *Siete novelas cortas*, todos los personajes descritos y las historias que dan asilo son trazados desde la realidad, elemento primordial para la respiración literaria de Carmen Laforet, esa realidad que transforma en ficción para no sucumbir, para poder continuar; una realidad que pensó libre y autónoma como ella.

